



CUADERNOS
DE HORIZONTE

Lorenz Saladin

*Una vida para
las montañas*

ANNEMARIE
SCHWARZENBACH

PRÓLOGO DE SVEN HEDIN

LDH

Lorenz Saladin

NUGAR-ST. PANTALEON, SUIZA, 1896
- KHAN TENGRI, KAZAJISTÁN, 1936

*

Alpinista y fotógrafo suizo que realizó diversas escaladas de relieve en los Alpes suizos, el Cáucaso, Pamir y la cordillera Tian Shan, donde encontró la muerte tras el descenso del su mítico pico: el Khan Tengri. Previamente había llevado una vida nómada viajando y trabajando en diversos oficios por América y Europa. Documentó fotográficamente muchas de sus expediciones.

Annemarie Schwarzenbach

ZÜRICH, 1908 - SILS, ENGADINA, 1942

*

Arqueóloga, escritora y periodista suiza. Vivió con intensidad una vida nómada que la llevó a ejercer la arqueología, el periodismo, la narrativa de viajes y la literatura en cuatro continentes. Algunos de sus relatos y correspondencia fueron destruidos a su temprana muerte, pero otros sobrevivieron. De ella hemos publicado *El valle feliz* y aparece en el relato de su viaje con Ella Maillart, *El camino cruel*, también en esta editorial.

*Lorenz
Saladin*

*Una vida para
las montañas*

**ANNEMARIE
SCHWARZENBACH**

PRÓLOGO DE
SVEN HEDIN

Título de esta edición:

Lorenz Saladin. Una vida para las montañas

Título de la edición original:

Lorenz Saladin: Ein Leben für die Berge
Hallweg Verlag, Berna y Stuttgart, 1938.

Primera edición en

LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:
septiembre de 2020

© de esta edición:

LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES:
www.lalineadelhorizonte.com
info@lalineadelhorizonte.com

© de la traducción del alemán: Juan Cuartero Otal

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Victor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-22176-2020

ISBN: 978-84-17594-68-8 | THEMA: BGL; IDFH

Imprime: Estugraf | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ecológica para contribuir a una gestión sostenible de los bosques y las reservas de agua.

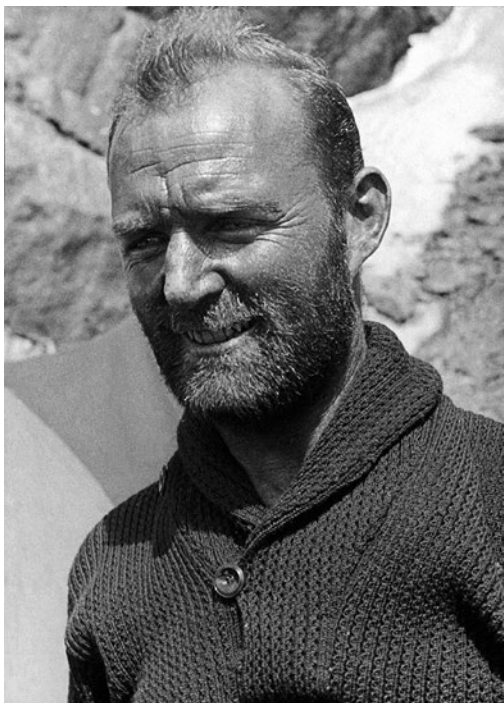
CUADERNOS
DE HORIZONTE
SERIE
¿QUÉ HAGO
YO AQUÍ?

*Lorenz
Saladin*
*Una vida para
las montañas*

**ANNEMARIE
SCHWARZENBACH**

PRÓLOGO DE
SVEN HEDIN

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



LORENZ SALADIN

(1896 - 1936)



Lorenz Saladin

PRÓLOGO

POR SVEN HEDIN ... 11

PRIMERA PARTE.

EL ALPINISTA EN CIERNES

VIVIR PARA LA MONTAÑA ... 17

UNA AUTOBIOGRAFÍA ... 23

EL MONTE ALTO ... 29

MONTAÑAS DE SUIZA ... 41

LAS JUNGLAS Y LOS ANDES ... 49

A TRAVÉS DE NORTEAMÉRICA ... 53

SEGUNDA PARTE.

LAS GRANDES EXPEDICIONES

LA EXPEDICIÓN SUIZA AL CÁUCASO DE 1933 ... 59

LA SEGUNDA EXPEDICIÓN AL CÁUCASO ... 70

EL TECHO DEL MUNDO ... 89

EL CAMINO HACIA

LAS MONTAÑAS CELESTIALES ... 117

EL TRIUNFO ... 145

PRÓLOGO

En el verano de 1936, Lorenz Saladin, un montañero suizo de cuarenta años, altamente cualificado tras sus experiencias en duras campañas en los Andes, el Cáucaso y el Pamir, logró su última y mayor hazaña: coronar el Khan Tengri, una cima de 7200 que hasta entonces nadie había podido alcanzar.

El salvoconducto de entrada, documento raramente concedido por la autoridad soviética lo había conseguido al final, pero, con tanto retraso a causa de la burocracia y los malentendidos, hasta principios de septiembre no pudo emprender la ascensión, que evidentemente transcurría por un terreno montañoso difícil y problemático. Con el inicio del otoño las dificultades no habían hecho más que aumentar, no obstante, Saladin, gracias a su férrea energía y a su voluntad de acero, las superó todas y llegó el primero a la cima. A la vuelta fue cuando se topó con su trágico destino: guarecido en un abrigo cavado en la nieve, acabó por sufrir graves congelaciones en manos y pies, y a pesar de que pudo reunirse con sus arrieros kirguises y los caballos en el lugar acordado, no pudo superar los efectos de las congelaciones y la septicemia que estas le habían producido.

En contraste con la expedición alemana al Nanga Parbat, que también encontró un final trágico, Lorenz Saladin carecía de materiales técnicos modernos y de otros medios más allá de los que él mismo había logrado reunir en el país de los kirguises. Poseía, sin embargo, y en buena cantidad, las más importan-

tes de todas las herramientas que son necesarias para conseguir una victoria en los puntos verdaderamente inaccesibles del planeta: paciencia, decisión y valor.

Los antagonistas en este drama tan breve pero tan resplandeciente tienen nombres que resuenan de modo extrañamente solemne: los chinos llaman desde siempre a todo el sistema montañoso al que me refiero Tian-Shan, es decir, las Montañas Celestiales; al monte más alto de esta cordillera los mongoles lo llaman Khan Tengri, o lo que es lo mismo, Rey de los Dioses o Señor de los Cielos. Por cierto, el conquistador del Khan Tengri se llamaba igual que el poderoso sultán de Siria y Egipto que provocó la Tercera Cruzada y cuyo mausoleo en Damasco aún sigue siendo un lugar de peregrinaje.

12 Una joven suiza, la doctora Annemarie Schwarzenbach, logró hallar en Moscú las anotaciones de Saladin y sus brillantes y valiosas fotografías, lo que le permitió reunir los materiales para esta obra.

Vale la pena conocer a Lorenz Saladin. Sacrificó toda su vida por una sola idea. En una época en la que las proezas pacíficas no son nada frecuentes, su nombre se nos aparece por encima del Tian Shan. Tiene asegurado un puesto de honor en la historia del alpinismo. Al igual que Filípides, aquel hemeródromo que llevó hasta Atenas la noticia de la victoria en Maratón y murió tras cumplir su cometido, también Lorenz Saladin al desplomarse inerte de la silla de su caballo kirguís hubiera podido exclamar estas palabras:

*No digas que he vuelto para morir,
di solo que he vuelto tras la victoria.*

Lorenz Saladin fue un verdadero héroe. Y sus gestas merecen ser recordadas.

SVEN HEDIN

PRIMERA PARTE

**EL ALPINISTA
EN CIERNES**



El día 30 de agosto de 1936 cinco hombres alcanzan la base del Khan Tengri, un coloso de 7200 metros de altura que se halla en la cordillera de Tian Shan, y bajo su sombra montan un pequeño campamento sobre la superficie blanquísima del glaciar Inylchek. Los setenta kilómetros que les separan de la ciudad kirguisa de Karakul, situada a orillas del lago del mismo nombre, les ha costado recorrerlos diez días siguiendo el curso del Inylchek, una de las mayores corrientes de hielo sobre la faz de la tierra. La víspera todavía se habían cruzado con un equipo de montañeros de Almá-Atá, la capital de Kirguistán, que les estrecharon cordialmente la mano y les desearon mucha suerte en su gran aventura. Esa misma tarde enviaron a sus tres arrieros con los caballos de carga de vuelta a la lengua del glaciar, donde disponían de agua y pasto y donde debían esperar hasta que finalizase la ascensión al Khan Tengri.

17

A partir de ese momento los cinco camaradas se quedan solos. Parecen haber cruzado ya los límites del mundo habitado. Por allí ni siquiera se internan los cazadores de las tribus nómadas kirguisas que recorren los últimos valles accesibles en busca de aves, ardillas y muflones. Lo único que se oye es el crujido del hielo bajo los rayos del sol y el silbido del viento sobre la superficie del glaciar. En mitad de esa llanura de hielo enorme y cegadora, como si fuera un barquito solo y perdido, se halla la tienda de los montañeros. El Khan Tengri, la pirámide regular que los cinco amigos han venido a conquistar, se alza allí, imponente y hermosa. Khan

Tengri significa «Señor de los Dioses» y Tian Shan se traduce del chino como «Montañas Celestiales». Son nombres grandiosos, acordes con esta región impresionante donde se encuentra el límite entre dos mundos.

Cuatro de los hombres que planearon la conquista del Khan Tengri son rusos y el quinto, un suizo. Los rusos son estudiantes universitarios y experimentados montañeros: los hermanos Vitali y Evgueni «Guenia» Abalákov, Leonid Gutmann y Mijaíl «Misha» Dadiómov; el suizo es Lorenz Saladin, un alpinista de unos cuarenta años y natural de Nuglar, un pueblecito del cantón de Soleura. Este último no está por primera vez en las montañas de Asia: ha participado en dos expediciones suizas al Cáucaso y en la rusa del año 1935 a la cordillera del Pamir. Esta vez, sin embargo, se trata de su propio proyecto, su aventura personal, su mayor expedición. Desde su regreso del Pamir, seis meses antes, no se quitaba de la cabeza la idea de ascender al Muztagh Ata, el gigante de la frontera entre China y Turquestán, o a su vecino, el Khan Tengri. Quien le había mencionado esa montaña a la que aún nadie había ascendido fue nada más y nada menos que el explorador sueco Sven Hedin. Cuando las autoridades chinas le denegaron el permiso para viajar a la región de Sinkiang, renunció a subir al Muztagh Ata y centró todas sus energías en el Khan Tengri. Había llegado el momento.

Se encuentra a sus pies junto con sus compañeros. Están esperando al atardecer. El viento tira de las cuerdas de su frágil tienda. La sombra de esa blanca pirámide va creciendo y se ensancha sobre el glaciar y el campamento. Las mochilas ya están listas. Saladin anota en su

diario: «No subimos al Khan Tengri por etapas, sino directamente y con todo el equipo. Salida a las nueve y media de la noche, por el glaciar que lleva hacia el sur, muy fácil con luz de luna».

Pocas semanas después llegó a Zúrich un telegrama desde Moscú con la noticia de que Lorenz Saladin había sufrido un accidente subiendo al Khan Tengri y había fallecido durante el descenso. En agosto, poco antes de partir de Karakul en dirección al Khan Tengri, escribió una carta a su familia en la que anunciaba que el día tres de octubre ya estaría de vuelta en casa. No hay ni una sola línea en sus breves anotaciones y escasas cartas que exprese la menor duda o inseguridad acerca del éxito y el relieve de sus audaces expediciones. No le daba importancia a la dificultad. Sabía sobrellevar las penalidades y las decepciones y esa entereza y tranquilidad eran características muy marcadas de su personalidad. Desde su niñez ya supo demostrar sus capacidades en todas las etapas de su vida, una vida tan asombrosa que uno podría pensar que fue la de un aventurero, aunque en realidad estuvo determinada por una voluntad casi ineludiblemente firme y constante.

Nuestro protagonista posee cualidades que nos hacen reconocer a un «aventurero»: no tiene el destino en sus manos, su trayectoria vital no está dirigida a una meta concreta, ni se sustenta en una sola idea, ni tiene un contenido, ya sea este de miras ambiciosas o humildes, ya sea perceptible y efectivo o simplemente una fuerza interior, un rasgo de su personalidad. La falta de contenido y la falta de dominio suelen venir juntas; ambas son propias del aventurero, cuyo deseo

de «ver mundo» se convierte en escape y huida, en rodeo y extravío. Huye para evitar hacer frente a su sino, de modo que su existencia se convierte en un encadenamiento de casualidades y, por más que sea capaz de gestionarlas con energía o incluso con heroísmo, nunca consigue el control sobre su propio destino. Ese deseo de ver tierras lejanas y las circunstancias verdaderamente épicas de su vida son los que crean el vínculo entre el alpinista Lorenz Saladin y la gente aventurera, ni más ni menos. Si nos fijamos atentamente en su biografía, esa impresión no parece evidente, ya que su trayectoria se sustenta en una idea y tiene un contenido: justamente su pasión por la montaña. Tal vez puede no causar muy buena impresión, pero Saladin ni consideró ni intentó proclamar ese amor, hacerse el interesante, pronunciar discursos huecos o elevarse a pretensiones y vivencias heroicas. Tampoco pretendió sacar provecho de su historia, el hecho de que él, un humilde muchachito suizo, lograra recorrer más de medio mundo y escalar los Alpes y Pirineos, las Rocosas, el Cáucaso y finalmente las cumbres de Asia Central. No se preocupó por no haber llevado la vida modesta y tranquila que le hubiera correspondido por su origen y circunstancias, y aceptó con naturalidad y sencillez la peculiaridad de su vida. Vivir para la montaña, esa expresión es la más adecuada, no habría otra mejor para encabezar su biografía, aunque, eso sí, él mismo casi nunca la hubiera empleado. Y posiblemente ni siquiera fue consciente de su trascendencia.

Los montañeros no suelen ser buenos escritores. Les gusta contar historias, recordar anécdotas, pero les

costaría mucho cambiar el piolet por la pluma. Justo ese era el caso de Lorenz Saladin: de los primeros viajes de su inquieta vida no dejó nada escrito, más tarde, solo sus lacónicos diarios. Era un montañero en cuerpo y alma, que nunca se dejó llevar por el afán de hallar fama y gloria, ni de culminar hazañas que le permitieran obtener reconocimiento: le bastaba con vivir cada experiencia, con tomar parte en ella. No hacía apenas anotaciones. Al principio puede dar la impresión de que tal vez solo fuera su propia desazón, y algunas veces la casualidad, lo que lo sacó de su mundo pequeño y estrecho, y le llevó a viajar de continente en continente hasta el corazón de Asia Central, pero no, fue escalando montañas según las iba hallando; simplemente se fue convirtiendo en uno de los más reputados y conocido montañeros de su tiempo: siguió un camino que lo llevaba a la montaña. Organizar de modo consecuente una trayectoria profesional como montañero era algo que ni se podía costear ni se hallaba en su fuero interno. No obstante, ese auténtico amor por las cumbres resulta ser el único hilo conductor a lo largo de toda su vida. No pretendía llegar ni antes ni más arriba que los demás: una excursión fácil por el monte que ni suponía un riesgo, ni un récord, ni una primera escalada, le proporcionaba tanta alegría como ponerle el mismo nombre que una montaña de Suiza a un pico del Pamir o del Cáucaso al que acababa de ser el primero en subir. Aun sin grandes intereses científicos —como mucho, geográficos y geológicos—, era muy buen observador. Anotaba en una pequeña agenda plantas, árboles, animales y pájaros. No se planteó escribir artículos sesudos, aunque, sin

pensar nunca en convertirlas en publicaciones, sus listas y sus anotaciones, a menudo verdaderamente precisas, acertadas y graciosas, dejaron constancia de su interés por todo lo que iba hallando a su alrededor. Sus diarios, entre descripciones de itinerarios, inventarios de provisiones u horarios de trenes, también contienen alguna anotación sobre historia o el nombre de una mezquita. Describió con todo detalle un tipo de cactus que le llamó especialmente la atención en California. Se interesó mucho por los aspectos técnicos de la construcción de cabañas entre los indios hualapai de Arizona. Regresando por mar de su expedición al Cáucaso, fotografió arrecifes en islotes del Mediterráneo y templos griegos. Fue anotando que sus arrieros kirguises se alimentaban casi exclusivamente de leche fermentada de yegua, que en Isfara le entusiasmara la abundancia de frutas exóticas que se vendían en el mercado a precios irrisorios... Contemplar la hermosura de un paisaje le complacía y deleitaba tanto como culminar la ardua subida a la cumbre de un pico hasta entonces nunca hollado. Su vida se alimentaba y se fortalecía de muchas y diversas fuentes, pero de entre ellas siempre, como una pasión contenida, sobresalía su gran amor por la montaña. Ese amor, como bien sabemos, es uno de los motores principales del ser humano, por más que a veces nos pueda parecer un disparate exponerse a los peligros con un inexplicable afán; ese amor se parece a la entrega de los exploradores y los descubridores: en su nombre llevan a cabo constantemente verdaderas heroicidades cuyo valor ni se puede describir con palabras ni calcular en cifras. Ese amor es el que dotaba de fuerza y coheren-

cia la vida de Lorenz Saladin y armoniosamente la fue llenando y haciendo crecer hasta llegar a convertirlo en un celebridad sencilla, pero a la vez enorme.



UNA AUTOBIOGRAFÍA

Justo antes de salir de Zúrich en junio de 1936 para emprender la que sería su última expedición, le pidieron a Lorenz Saladin que redactara una breve biografía que pudiera servir de referencia cuando se publicaran las fotos y los informes de su viaje. No parece que Saladin asumiera esa tarea con gran entusiasmo. Resultó una biografía concisa, más breve de lo que se esperaba, pero es en realidad otro documento muy propio de él, en el que su naturaleza sobria se ve reflejada en frases sencillas. Esta es toda la información que contiene:

23

Lorenz Saladin, nacido el 28 de octubre de 1896 en Nuglar, cantón de Soleura.

1905: trabajos en una granja.

1912: aprendiz de carnicero en Basilea. Abandoné enseguida.

1913: aprendiz de tejedor, no estuve mucho, todo me parecía muy limitado. También abandoné. Ese mismo año, aprendiz con un montador de aparatos sanitarios.

1914: formación como recluta y servicio como guardia fronterizo hasta 1917. Después, trabajos en diferentes lugares de Suiza.

1920: viaje a Francia y, cruzando los Pirineos, a España.

1924: viaje a Sudamérica (Brasil, Argentina, Bolivia, Perú, Colombia y México); recorrí bosques y selvas, subí montañas de los Andes.

1929: viaje a los Estados Unidos; hice de lavaplatos, vigilante, socorrista, policía, mecánico, etc. y recorrí todo el país. Muchas rutas por la montaña.

1932: regreso a Suiza, Zúrich.

1933: expedición al Cáucaso.

1934: segunda expedición al Cáucaso. Varias primeras escaladas. Todas muy bonitas.

1935: viaje al Pamir (Asia Central).

Seguirá llegando información.

Lorenz Saladin.

Aunque esta peculiar biografía pueda parecer de entrada demasiado escueta, en realidad contiene mucho de lo que era especialmente característico de Saladin y todo lo que le resultaba vitalmente importante para ser mencionado. El mundo de su niñez, en el que creció en compañía de sus dos hermanos y sus dos hermanas se le hacía pequeño. Para aprender algún oficio estaba suficientemente dotado, lo que le faltaba era el deseo de llevar una vida tranquila, tener un trabajo estable y echar raíces en un lugar. «Abandoné enseguida» dice, y lo intentó por segunda y por tercera vez, pero volvía a abandonar. Solo en el servicio como guarda de fronteras aguantó tres años. No dice nada de ello, aunque seguro que no le resultó fácil plegarse a la disciplina militar ni al compromiso de las tareas rutinarias. La capacidad de integrarse y someterse en caso de necesidad y la autodisciplina de las que Saladin dio muestra durante esos tres años de servicio se consideran virtudes típicamente

suizas. Más adelante volvió a demostrarlas a menudo, sobre todo en la expedición de 1935 al Pamir, que tantas dificultades supuso para sus integrantes.

Tras licenciarse después de su servicio en la frontera, Saladin permaneció en su país realizando «trabajos en diferentes lugares». Trabajó como montador de instalaciones sanitarias. Casi daba la impresión de que ese joven inquieto, que no era capaz de ser constante, hubiera reflexionado y aceptara una vida ordenada, y se hubiera convertido en un hombre sedentario y diligente, capaz de limitar sus deseos de ver mundo y su amor a la montaña, a paseos dominicales por el campo, vacaciones en un refugio de montaña o excursiones por los Alpes. Pero el año 1920, la siguiente fecha señalada en su autobiografía, de nuevo supone un vuelco en su vida, y esta vez de modo definitivo. Con apenas veinticuatro años se marcha por primera vez al extranjero: a Francia y poco después a España. Los Pirineos son las primeras montañas foráneas que conoce. A partir de allí, solo hay breves alusiones que nos permiten deducir que estuvo en otros países, en territorios cada vez más lejanos y exóticos y que de ellos lo que lo atraía eran siempre las montañas. Enumera los países que recorrió en el enorme continente sudamericano y lo que extrajo de esos determinantes viajes lo resumió en una frase: «recorrí bosques y selvas, subí montañas de los Andes». En Sudamérica, Saladin no realizó expediciones de modo sistemático, no siguió ningún plan, tampoco llevó a cabo ascensiones significativas. Aun así, pasó de manera aventurera y arriesgada por las selvas y subió a los Andes. Con sus altiplanos, con sus ciudades situadas a más cuatro mil metros, con sus

relumbrantes cumbres nevadas entre amplios valles, esa imponente cordillera le ofreció sus primeras impresiones de esas regiones maravillosas que nada tenían que ver con los Alpes, su medio habitual. Se trata de los grandes altiplanos, donde por primera vez sintió los vientos de altura: su interminable bramido tiene algo en común con el del mar en los acantilados y hace pensar en una sobrenatural melodía de órgano. Volvió a encontrarse con ellos: primero en México, luego en el Cáucaso, en el Pamir (Turquestán), en el Tian Shan. Al rumor de estos vientos se suma el poder de la luz, apenas atenuado por las ligeras capas de ese aire de altura que con tanta dificultad se respira. Ahí no se perciben demasiado los límites entre el mundo de las personas, animales y plantas y ese otro mundo sobrenatural que parece estar más cerca de la esfera celeste con sus ígneos y fríos astros que de las tierras habitadas y habitables. Se alternan los días tórridos y las noches gélidas; el sol se convierte en enemigo de la vida; los habitantes de esas tierras, indios andinos, nómadas de las mesetas de Asia, poseen una esencia sonámbula y somnolienta, suelen mascar o fumar sustancias cuyos efectos les enajenan de sus vidas cotidianas permitiéndoles sobrellevar la enormidad inimaginable y las leyes inhumanas que dominan sus tierras.

Lorenz Saladin llegó como forastero a ese mundo cuyos encantos suelen ocultar para los europeos los mayores peligros, aunque acaben sucumbiendo ante ellos, al igual que sucumben ante las enfermedades provocadas por los climas adversos. Los diplomáticos que han ocupado puestos en Oriente suelen continuar sus carreras por esas tierras. Los aventureros, una vez que

ya han atravesado tierras exóticas, regresan siempre que tienen ocasión. Los científicos y los alpinistas que han participado en expediciones a las tierras altas de Asia o tratan de volver allí o cargan durante el resto de sus vidas con el pesar de no hacerlo. Los viajeros hablan de los misteriosos encantos de Oriente, pero los más poderosos no son los encantos exóticos de las ciudades, los templos y los jardines, sino de los paisajes yermos, avivados por vientos y luces cambiantes, que se encuentran en las mesetas y las cordilleras de «los límites del mundo». Toda esa enormidad es lo que tan misteriosamente nos atrae y al mismo tiempo lo que tanto nos llena de temores y deseos. Las dimensiones a las que estamos acostumbrados no valen; eso sí, nosotros somos capaces de hacer de la tierra un lugar agradable y transformarla de acuerdo con nuestras necesidades, al igual que un jardinero logra convertir cualquier pedazo fértil de naturaleza en un jardín al que llega el agua canalizada entre macizos simétricos de flores y vegetales, y donde serpentean los imprescindibles senderos de grava entre el césped y los árboles frutales; todo protegido por un murete o por un seto verde rodeándolo. Así, los paisajes humanos, ganados al bosque, con campos arados generación tras generación, con senderos gastados, amplios caminos, casas antiguas y asentamientos surgidos casi de modo orgánico producen sentimientos de satisfacción y seguridad. Pero el ser humano no es capaz de imponerles su ley a esas inmensas tierras altas; por el contrario, tiene que adaptarse y se halla sin amparo, expuesto a los elementos: allí experimenta un algo sobrenatural y siente cercanía y familiaridad con el infinito.

EL LIBRO QUE TIENE EN SUS MANOS VE LA LUZ EN EL MES SEPTIEMBRE, UN MES PROPICIO PARA LAS GRANDES ESCALADAS QUE TIENEN LUGAR EN EL CINTURÓN OROGÉNICO DEL HIMALAYA AL QUE PERTENECE LA CORDILLERA TIAN SHAN EN ASIA CENTRAL. NO FUE UN MES PROPICIO PARA LORENZ SALADIN QUE MURIÓ EN EL DESCENSO AL PICO KHAN TENGRI. DESDE AQUEL SEPTIEMBRE DE 1936 SU CUERPO PERTENECE AL GLACIAR ENGILCHEK A LOS PIES DEL «SEÑOR DE LOS ESPÍRITUS», QUE ES COMO SE LLAMA EN ULGUR ESTA MAGNÍFICA CUMBRE. DICEN QUE POR ALLÍ FUERON VISTOS LEOPARDOS DE LAS NIEVES.



Pico Khan Tengri

CUADERNOS DE HORIZONTE

Una ventana a la que asoman ideas y también miradas con las que reconsiderar los lugares que transitamos. Textos breves para pensar el viaje a través de la sociología y el pensamiento; la crónica o el relato breve, sin que falte una reflexión sobre la naturaleza y el paisaje.

CU#15 ***Tiempo de Hiroshima***
SUSO MOURELO

CU#16 ***Eva en los mundos***
RICARDO MARTÍNEZ LLORCA

CU#17 ***La ascensión al Mont Ventoux***
FRANCESCO PETRARCA

CU#18 ***El espíritu de Roma***
VERNON LEE

CU#19 ***Diario austral***
ANTONIO RIVERO TARAVILLO

CU#20 ***No le hagas preguntas a la tristeza.***
Antología de poemas de tribus de la India
JESÚS AGUADO

CU#21 ***Contra Florencia***
MARIO COLLEONI

CU#22 ***Al pie de la Torre Eiffel***
EMILIA PARDO BAZÁN

CU#23 ***Lima, la sin lágrimas***
CÉSAR ANTONIO MOLINA

CU#24 ***Lorenz Saladin***
ANNEMARIE SCHWARZENBACH

No es extraño encontrar en la corta vida de este alpinista, fotógrafo y viajero suizo, los elementos románticos que abrazó en vida Annemarie Schwarzenbach. Tempranamente desaparecido tras el descenso al Khan Tengri, en la cordillera Tian Shan de Asia Central, la personalidad de Saladin y su pasión por las montañas atrajo como un imán a la escritora suiza. El tesón para sobrevivir con los más variopintos trabajos, la pasión por el nomadismo, la afición al riesgo de la alta montaña y un sentido inusual de la belleza, que se plasmó en sus fotos, conformaron este *alter ego* deslumbrante. Schwarzenbach viajó a Rusia para investigar su vida, hablar con sus compañeros de expedición y consultar sus trabajos fotográficos. Dos años después de la muerte de este atractivo personaje ya había reunido los datos de su azarosa vida en esta biografía a la que la escritora da volumen con hermosas descripciones de las costumbres y los paisajes de Asia Central que conocía tan bien.

*Lorenz Saladin fue un verdadero héroe.
Y sus gestas merecen ser recordadas.*

SVEN HEDIN

THEMA: BGL; 1DFH

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

WWW.LALINEADELHORIZONTE.COM

